

MARIO TEODORO RAMÍREZ

**LA FILOSOFÍA DEL QUIASMO. INTRODUCCIÓN AL PEN-
SAMIENTO DE MAURICE MERLEAU-PONTY**

MÉXICO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2013, 247 PP.

por **José Antonio Ramos González**

El libro que se presenta fue publicado por vez primera en 1994 por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo con una tirada bastante limitada. A pesar del tiempo transcurrido entre esa primera publicación y la edición actual en Fondo de Cultura Económica, se mantiene el texto tal y como fue concebido en su primera aparición, pues aún tiene vigencia y confiere vida y vigor al diálogo *con* el pensamiento de Merleau-Ponty, que es de lo que se trata: de “pensar *con* él, junto a él y más allá de él”, no de pensar sobre él.

El diálogo filosófico se define como *quiasmo*; este es el esquema de la filosofía de Merleau-Ponty, es decir, la figura que caracteriza el

modo específico según el cual un filósofo efectúa la acción de pensar, definiendo sus interrogaciones y temas de interés en diálogo con los otros. Se trata, en definitiva, de captar el pensamiento como un comportamiento, como una totalidad concreta, viva y móvil. Por eso el hilván que recorre la obra es la comprensión de la filosofía del pensador francés como una filosofía general del diálogo, es decir, como una filosofía del *logos* de la dualidad, cuyo sentido se ha de pensar desmarcándose tanto del dualismo como del monismo característico de la tradición metafísica.

A pesar de que no hay una conceptualización específica del término (su aparición más “sistemática” tie-

ne lugar en un apartado de *Lo visible y lo invisible* titulado “el entrelazo –el quiasmo”), al caracterizar el pensamiento de Merleau-Ponty como una filosofía del *quiasmo*, Ramírez se sitúa en uno de los “impen-sados” del fenomenólogo francés, es decir, en aquello que hace que una filosofía siga dando qué pensar. El quiasmo requiere una transformación y redefinición del quehacer filosófico. De ahí el título del libro (*La filosofía del quiasmo. Una introducción al pensamiento de Maurice Merleau-Ponty*), que en mi opinión ofrece mucho más de lo que enuncia, ya que:

Por un lado, muestra que la filosofía es la prueba simultánea y generalizada del quiasmo; que pensar es hacer del pensamiento un medio vivo para captar “otra cosa” (lo que se piensa) como algo que las palabras preparan, pero que no poseen. Se trata de un pensamiento corporal, en perspectiva (quiasmo perceptivo) y hundido en el Ser, a ras del mundo (quiasmo ontológico), que ha de buscar hacerse un cuerpo “sublime” (quiasmo semiótico).

Por otro lado, más allá de una mera introducción, el autor profun-

diza y nos ofrece una visión bastante detallada de la interrelación entre los problemas fundamentales que recorren en círculo la totalidad del pensamiento de Merleau-Ponty, usando un lenguaje elemental que, más allá de cualquier preciosismo, permite acceder a lo fundamental.

Precedido de una presentación realizada por Graciela Ralón De Walton, el contenido del libro consta de una introducción a la que siguen cinco capítulos entrelazados alrededor de la noción de quiasmo. El primero de ellos (“la lectura filosófica como percepción”) trata el quiasmo como movimiento de apertura perpetua entre la obra y el lector que nos permite percibir una filosofía desde una determinada perspectiva. Así se anuncia ya la importancia de la experiencia perceptiva, del quiasmo perceptivo, que será desarrollado en el segundo capítulo (“quiasmo y filosofía”), cuya idea central es que el quiasmo no ha sido pensado porque no se ha considerado en profundidad el problema de la percepción. Desde esa perspectiva, se muestra cómo se ha abordado ese problema en las distintas posiciones filosóficas (realismo, idealis-

mo y dialéctica), pues su tratamiento aclara las visiones de la filosofía y de la actividad filosófica que proponen cada una de las filosofías mencionadas.

Dado que la percepción es el acontecimiento primordial, porque es la forma primigenia y permanente del encuentro del sujeto con el mundo, el capítulo tres (“quiasmo ontológico”) intentará describir esa circularidad o reversibilidad permanente, pero no coincidente, entre el sujeto y el mundo. Este capítulo se subdivide en dos grandes apartados: en el primero se describe la filosofía de la corporalidad y muestra que el ser del cuerpo es inseparable del ser del mundo; que la unidad activa y el intercambio permanente, su compenetración y mutua envoltura, entre mi cuerpo y las cosas es la carne (*Chair*). De ahí que mi cuerpo sea mi mundo y este sea corpóreo y que, si cabe hablar de subjetividad, será en el sentido de subjetivación o subjetividad del mundo. Además, el ser de mi cuerpo es un “yo puedo”: se trata de una *acción corporal* en la que reside el secreto de la espacialidad corpórea: el espacio corporal es *espacio*

motriz y la motricidad corpórea es intencional y se prepara y prolonga en la percepción, pues percibir y moverse son fenómenos inseparables.

Ver la conciencia desde la experiencia perceptiva supone incorporar lo no consciente (lo in-consciente) en lo consciente. De este modo, criticando el paradigma de la representación aún presente en el “freudismo”, Merleau-Ponty propone una profundización del psicoanálisis para describir el inconsciente ontológico o primordial que será la indivisión del sentir. La filosofía de la corporalidad se transforma en una filosofía del sentir cuya descripción se convierte en una tarea fenomenológica fundamental: la reflexión sobre el cuerpo prepara una filosofía de lo sensible, que será descrita en el segundo apartado del capítulo.

Superando la ontología objetivista que sublima el ente de modo ingenuo, la ontología solo puede ser del *ser sensible*. Si la percepción es la experiencia ontológica fundamental y el Ser es *ser percibido*, lo constitutivo de este es la distancia (*écart*) que hay que pensar como carne. Rechazando el vacío ontoló-

gico, la distancia es el ser de lo negativo, de lo *imperceptible* e *invisible*, de la estructura como fondo u horizonte del que destaca todo ser percibido particular. Por esto, la ontología de la carne es una ontología del entrelazo, de la estructura y, en resumen, de lo "trans-físico" o "inter-físico" que ni se confunde con lo físico ni con lo supra-físico o mental. En consecuencia, si el ser es estructura, la espacialidad es ontológica y la descripción de la carne ha de tener en cuenta la espacialidad, la orientación y la profundidad. Esta última dimensión es la forma espacial del quiasmo, el tema de una ontología que rechaza una concepción plana y amorfa del ser. Pero la profundidad no es espacio puro, es ya *tiempo*, proceso, pues implica una articulación de la dimensión espacial y de la temporal que introduce la temporalidad en la simultaneidad de la presencia: hay incrustación entre la carne y el tiempo.

Puesto que ni el sujeto es absoluto ni lo sensible completamente mudo, el cuarto capítulo ("quiasmo semiótico") muestra el entrecruce y fundación mutua entre la percepción y la expresión. Como el anterior,

este capítulo se subdivide en dos apartados: A) percepción y lenguaje y B) comunicación y verdad.

En el primero se describe cómo el escenario sensible se transmuta en escenario lingüístico y así el cuerpo (sin dejar de ser lo que era) deviene cuerpo parlante. Superando las dicotomías del empirismo y del intelectualismo, Merleau-Ponty propone un enfoque sensible del sentido lingüístico y uno expresivo del ser sensible: "la palabra es un gesto y su significación un mundo". Significar implica realizar una "deformación coherente" de los recursos establecidos cuyo nuevo significado, a disposición de los hablantes, aparece como derivado de la lengua: hay *sedimentación*, es decir, *institución* o creación de una tradición que consiste en revitalizar el pasado. Precisamente a la lengua entendida como modelo de institución, de praxis instituyente, es a lo que se denomina "relación semiótica".

El segundo apartado de este capítulo cuarto, aborda el problema de la comunicación en el marco de una teoría general de la intersubjetividad: la intersubjetividad es esta Visibilidad anónima que nos habla a

todos; nuestra comunidad primigenia de seres carnales y sentientes. En la medida en que toda percepción es co-percepción, Merleau-Ponty no parte del yo o del otro, sino del quiasmo entre ambos, pues el otro está presente virtualmente y se inscribe en la experiencia perceptiva fundamental, incluso es condición originaria y estructural de la percepción y de lo percibido mismo.

La palabra es la fragua de la verdad, como el tiempo lo es del ser. En última instancia la filosofía del fenomenólogo francés remite a esa doble inscripción del Ser y la Temporalidad, del Ser y la historicidad y, de este modo, Ramírez trata el tema de la historia como el punto culminante de una filosofía de lo sensible y de la expresión, de la corporalidad y la comunicación, del hombre y la naturaleza, si bien se trata de pensar la relación entre ambos términos más que de definir cuál es el verdadero sujeto de la historia.

Por último, en el quinto capítulo ("la carne y el espíritu"), se aplica la figura del quiasmo a diversos aspectos concretos de la existencia humana: situación, libertad, moral y

política, arte y filosofía, ciencia y experiencia, metafísica y contingencia.

Más allá de la mera erudición, en un ejercicio admirable de diálogo con el pensamiento del fenomenólogo francés, Ramírez describe y recrea el quiasmo como uno de los impensados en torno al cual el pensamiento de Merleau-Ponty sigue vivo y abierto al diálogo y, por tanto, sigue fructificando y requiere seguir conversando, pues la filosofía es laboriosa como la obra de arte y el "quiasmo" es una filosofía de la circularidad, de la inmanencia y del movimiento: ontología integral e interminable. Con el ánimo de proseguir esa tarea inacabable, el diálogo con ambos pensadores ha suscitado la siguiente interrogación que dejó abierta: si Ramírez recorre el círculo en el sentido que va desde la filosofía de la corporalidad a la ontología de lo sensible, ¿no sería necesario reiniciar la comunicación y moverse en el otro sentido del círculo para mostrar cómo desde la ontogénesis de lo sensible surge la corporalidad? Con esta cuestión se pretende añadir otra perspectiva, otra voz, cuyo profundo reconocimiento se debe al diálogo que la ha incitado a hablar.